

"Dime, oh Dios,
si mis ojos realmente,
la ll verdad de la belleza
miran;
o si es que la belleza está en mi
mente,
y mis ojos la ven
Doquiera que miran."

Miguel Ángel
Buonarroti

Entre algunas de las
muchas maldades o maledicencias
que se atribuyen al maestro
don Samuel Vázquez Díaz, tacaño
proverbial donde los hubiera,
se cuenta que cada vez que
se le pedía parecer sobre cual
quier escrito expuesto que no
fuera suyo, él, con tacaño,
parcimoniosa diligencia, se
retiraba de la obra en cuestión

para contemplarla desde la debida distancia y, entornando los ojos, como público testimonia de su profunda concentración artística, dejaba transcurrir unos segundos para acabar sustentando con categórica suficiencia:

—«El mar es magnífico!»

Venga a cuento la anécdota del acedado desdeñ que luceu muchos pintores ante la obra ajena, tal vez inducidos por un desorbitado ego que les impide colocarse ante un cuadro y contemplarlo con el corazón libre de complejos.

Hace muchos años que el marqués de Pozo ya, tan generoso a la hora de prologar catálogos, con la solven

cia de su acreditada formación artística, me confesaba que, por muy novel que fuera el asunto, el contenido de sus cuadros tratando de encontrar lo más hermoso e importante que pudieran contener, al estar convencido de que no hay pintura totalmente mala. Y con el ánimo de consolidar su tesis, refirió una parábola de Jesús de Nazaret, remodelada con su manera didáctica de explicar las cosas, en la que los fariseos llevaron al Meilias ante la carroña de un asno preguntándole:

- Dios, Meilias, ¿acaso hay ahí algo bello?..

Levantamente, Jesús se aproximó sin hacer ascos

al putrefacto olor que desprende el animal, y, hurgándole en el bello con una varilla, se arrodilló a su lado contemplándole la dentadura minuciosamente para acabar diciéndoles:

- Yo os digo, que tiene un magnífico marfil en la dentadura...

Don Juan Contreras y López de Ayala, a la sazón Director General de Bellas Artes, hablaba con la convicción del que presenciar una escena... Capturaban sus palabras dichas con la pausa y elegante sencillez de un caballero tan sabio como bueno... Y, como colofón, con magistral pedagogía, dijo:

- "Mirar, escudriñar, tener el valor de acercarse a todo con el

ánimo de buscar lo bueno que pueda contener, es la más ponderable cualidad del observador de una obra de arte, quien antes de enfrentarse con ella debe guardarse con la misma sana intención por la vida."

Caso distinto al del marqués de Fosoya, fue el del pulquerrimo y atildado crítico de arte, don José Francisco -sobertivamente retratado por López Mezquita - quien acostumbraba escribir hiperbólicas críticas, sin regates de ditiambos, en una prosa fina, atildada y culta, cualquiera que fuese el pintor, excepto en una ocasión que, para sorpresa de todos, su crítica periodística apareció sin el más míniimo atisbo de

elogios y con un indisoluble
de aceto laceraute. Aquella
tarde, cuando don José Fran-
cés compareció en su diaria
tertulia de café, los amigos
le recibieron alborozados con
los compases de una chirigota
cuya musiquilla era afín
a la manera diligente y
petimetosa de los audaces del
célebre crítico. El tintinear
de las cucharillas en los vasos
ponía el compás a la broma:

"José Francés,
Turrururu,
ha sido en el elogio
un tanto parco,
porque el pintor
tuvo el error
de regalarle el cuadro
sin el marco."

Ni que decir tiene que
la cancioncilla satírica corrió

-7-

como la pólvora por los cafés y mentideros del Madrid artístico y literario. No voy a ocultar que cuantos pintores fueron elogiados por la pluma de don José Francés quedaron señalados para siempre.

- «Don José Francés ha dicho que fulano de tal es un pintor excepcional. - se solía decir cuando menos venía a cuento en cualquier tertulia.

- ¡No se hable más, señores!...

Y los allí reunidos, con una jocosidad pasmosa, gritaban a coro:

- ¡Tururú! ¡Tururú!

Con pausada retransa,

el formidable pintor Paucha
Rossio contaba que cuando
visitaba una exposición, "si
es que no tenía más remedio,
derramaba el rabillo del
ojo, con la mayor celeridad
posible, sobre los cuadros que
colgaban de las paredes y
que sólo se acercaba al
cuadro que más gritaba dicien-
dole:

-¡¡ Eh... que estoy aquí
esperándole! ».

Esto de que los cuadros
griten o hagan señas, más
que una exageración es una
verdad incontestable. - Muy
veces parecen que gritan, otras
que susurran, muchas que
sonríen con un confidencial
quinto y hasta hay no
pocas ocasiones que se hacen
notar por señas.

Cierto es que no todos los días está pues en condiciones de pintar ni tan siquiera de mirar un cuadro. —

Tengo la diaria experiencia de que cuando me encamino al estudio para ponerme a trabajar, me voy diciendo: «Vámonos a ver con lo que me encuentro hoy...». Fascinado por la indecisión y hasta con desgana, voy de aquí para allá observándolo todo... Ojeo, uno a uno, con sólo separarlos de una esquina. Los cuadros que, apoyados uno sobre otro sea un rincón, están a la espera de que los termine. Observo los que están en su orecaudaje en los caballetes y me siento sin capacidad de decidir cual va a ser sobre el que voy a trabajar..

Aunque los mire y remi-
re, en incontestables ocasiones los
lienjos quedan omisos, indi-
ferentes y hasta haciéndose
desapercibidos pero, en otras
muchas, sale la aparente
voz del uno, cuando me me
grito imperativo o me gesto,
diciendome:

-¡¡ A mí; hoy me
toca a mí, que llevo
aquí dos meses esperando
¡te!..

Y en ese me pongo a trabajar
de buena gana..

En París, el simpá-
tico y excelente pintor, Manu-
el Angeles Potiz - racial
amigo de Picasso, hermano
electo de Federico, además
de amigo y admirador de

Thalla, me comentaba lo poco
dado que era, desde hacía años,
a visitar exposición alguna
- «para lo que hay que ver... -
- ¡pécia!-, prefiero quedarme
en casa, con mis cuadros, mis
cauaries y hablando con los
amigos que vienen a visitarme...»

- «Yo tuve un cauario
que ya murió y que trataba
como los ángeles, que se enfa-
daba conmigo cada vez que vol-
vía de una exposición. Se
esas que te dejan con el mal
de San Vito... ¡es muy la-
drón me recibía mudo por
muchas eucamonas y piopios
que le hiciera... Era su modo
de reprocharme el tiempo per-
dido sin poderme recuperar miran-
do nada... ¿es que olía
yo a algo cuando ocurrían es-
tas aventuras?... Porque
donde se ha visto que un caua-
rio sea adivino?...»

En el recibidor de la casa parisiense de Mauvois y junto a dos hermosos balcones, siempre llenos de sol, en la rue del Odeon, lucian unas muy cuidadas y enormes plantas de esas que llaman "castillas de Adán," a cuyo alrededor colgaban las jaulas de los canarios. La tarde que fui a recogerlo para "le vernissage" de mi exposición en la Galerie Tournant que inauguraba el embajador de España, Marqués de Nerja, le dije al pasar junto a los pájaros:

- "Mauvois me cuenta que si estos tambien se quedan mudos cuando vuelvan..."

- "E lo puedo decir ya: Tampoco cantarán..., por que estarán durmiendo..."

Y se puso a reír con aquellas
maneras suyas de copitar
la alegría...

Aquella tarde de abril
y ya en la célebre galería
Abicada allí donde el Fleu-
bourg St. Honoré ostenta
"le charme" más suntuoso de
París, Manuel Angeles Ortiz
se acercó con Brigitte, su mu-
jer al grupo donde conver-
saban la directora de la
Galería, Mme. Danièle Trouant,
las marquesas de Norva, el
Primer Ministro de la Em-
bajada, don Pedro Lombourg
y otras invitadas...

Manuel, con aquel
sobervio porte de senador roma-
no, mostraba una sonrisa
que a todas luces indicaba
que algo inusual quería decir.
Y lo dijo:

- «Healau de entrar

Sofía Loreu y Alain Delou...
... La Loreu ha gritado mien-
tras nos saludábamos: «¡Ma-
que agresivité!» y Delou,
con sólo un golpe de vista,
ha aplaudido con regocijo
exclamando: «¡Bravo! ¡Bravo!»

Teran los tiempos de
mi desgarrado "expresionismo"
el que me hacia pintar con
fuertes impactos de colores
puros.-

Manolo, sin dejar de
sonreír y ante el complacien-
te asentimiento del Embaja-
dor, le dijo:

- «Alguna vez le he
dicho a Radial, que yo
pinto haciendoles cosquillas
a los lienzos... ¿verdad?... Pues
mirad lo que acabo de des-
cubrir después de escuchar
a los del cine: que Radial

el contrario de lo que a mí me ocurre, pinta con tal vigor y denuncia con tal descaro que no parece más que pintara a puñetazo limpio con pinceles gordos..... ¡Buena y eficaz manera de quitarnos a los demás el sueño!..»

Reímos todos la ocurrencia y como un invitado hizo el gesto de acercarse al cuadro «el avaro»; Manuelo J. Angeles Ortiz, con jocosa rapidez le dijo:

—«¡Cuidado.....; que estos no se andan con rodeos!.. A esta pintura hay que mirarla registrándole los furos de las intenciones, pues es capaz de pedirte hasta el pasaporte...»

Aquella tarde de abril en París, aprendí — ¡y de qué

el arte de saber mirar, discurrir y desmenuzar el contenido de un cuadro. La conversación discurría por estas imbitas, cuando Pedro Kemleury, Primer Ministro de la Embajada española, intervino:

- «Cada pintor verdadero es todo un mundo... Cuando conozco a uno que su modo de ser está en las antípodas de lo que pinta, ~~hay~~ ^{ahí} falta algo. Hombre y artista tienen que formar un binomio inseparable y, si todos pintáramos habría tanta diversidad de modos de hacer y de estilos como personas. - Yo creo que aquí es donde está la grandeza universal de la Pintura.»

Lo nuevo -entrevista

Manolo-, es que uno se pone a pintar sin pensar en nadie más que en uno mismo y sin caer en la cuenta de que ningún cuadro debiera ser contemplado por quien no sabe mirar.»

-« Saber o no saber mirar - respondió Nerva-, creo que no depende más que de la capacidad de la inteligencia y sensibilidad del espectador para entrar en diálogo con lo que cada cuadro muestra y silencia, en donde es imprescindible el ejercicio de una concentrada reflexión.»

-Sí, tal vez por ahí puedan andar las cosas, pero en mi caso, muchas veces intento decir una cosa que acaba siendo otra; en otras ocasiones no me preocupo más que de pintar y pintar sin importarme nada

si estoy diciendo o no algo...
¡...yo que sé, esto de pintar
no tiene explicación, al
menos para mí...»

— Tu esto que acabas de
decir — está — los prodigios de
la Pintura como Arte... tu
el qué sé yo — dijo con júbilo
Pedro Lombury.

Aquella noche acaba
muy temprano en "Le Mercure
Galant" y, desde la perspec-
tiva que da el tiempo, afir-
mo que jamás he escucha-
do hablar de arte a tan-
tas personas con tan soberbia
profundidad y aplicación:—

Han pasado los años
con una fugacidad inaudita...
Hoy ya no soy aquel que, al
ver el cuajo de un coleccionis-
ta de pintura por haberse

apoyado sobre un lienzo aún fresco llevándose en la chaqueta toda la pintura que pudo, le dijo:

«No se le ocurra llevar la americana al tinte... Yo le enmarco esta joya que lleva en la espalda. Y la cuelga en su casa»...

Poco me queda de aquel que fui y poco tengo hoy de lo que seré mañana, pues cada día que pasa va troquelando el alma, a pesar de uno mismo, para llevarse por los extremos andurriales de la duda que exigen y obligan a una constante contradicción intelectual.

De tanto lo que he vivido apenas si me queda.

memoria para ir y venir
con los recuerdos, pues no
parece más que los imborra-
bles son los que fueron inte-
riorizados por azar..

Este tiempo de ahora
por el que cabalgo, no tiene
cobijo para las vanidades
de autáun ni para las huel-
ras quimeras.. Ahora soy
un esecutador de los fordos
de las grandezas y de las mi-
serias de toda diudale que
anda en busca de la mora-
leja que remata y glorifica
pedagógicamente la gran
fabula del ser humano
y de su mundo.. ¿Qué, sino
fabula, es la vida de la
que me considero atento y
aplicado discípulo que..,

hasta el fin de sus días, estará
empeñado en observar, dis-
currir y aprender, única ma-
nera de poder opinar sin
equivocarse demasiado; pues
esto de ser hombre es una
cosa que no se acaba de apre-
nder nunca. además de un
constante ejercicio de dignidad
dirigido a preservar mientras
se viva la virginidad moral
de la Decencia...

Decía Juvenal que
nadie se vuelve infame de
repente y, Franklin mante-
nia que a los tontos jamás
les falta el mínimo talento
para ser malvados, por eso a
unos y a otros, a los infames
y a los tontos los sufrimos
diariamente no sólo por sus
incongruencias y deficiencias sino

por la grave seriedad del
falso que luce tan ufano
en sus siniestros rostros cua
do hablan con el engolamien
to de voz propio de los ineptos
para ocultarnos sus aristas
intenciones.-

Y aún no he conseguido
discernir, si es más asco que
miedo o viceversa, lo que me
produce en estos sujetos des
preciables que se revisten de
pontifical para cubrir y
tapujar sus curvas de pre
juicios mentales tan prodigas
a la hora de traicionar las
virtudes por vicios y, sin licen
cia de Dios ni de moral algu
na, llegan al paroxismo
de llamar decepcion a lo
contrario.-

Dentro de este nau-

sea cuando ambiente opresor, tan vil como grosero, hemos de respirar todas los días sin otra salvaguarda que la de ponerle buena cara, al mal tiempo y, tiempo por medio a los sinsabores, como bien nos lo dijo Cervantes en su obra "La gitavilla":

—«El tiempo, ¡siempre el tiempo!, es la más dulce salida a las amargas dificultades...»

Por ello, sea cual fuere la causa que nos apremie, y aflija desde el gobierno de la sierrazón, será de obligada sensatez vivir apremiado con aplicación observación de cuanto acontece sin dejar que dormitee ni la razón ni los sentidos, que en todo instante

deberemos tener, vigilantes,
a flor de hiel (¿qué otro
remedio queda!) - o a flor
de miel para fecundarlos
con la lluvia del discer-
nimiento, pues si la prime-
ra facultad del hombre
es el pensamiento, el arte
de expresar los pensamientos
es la primera de las Bellas
Artes.... Y, mientras se viva,
sentir, sentir y sentir que es
lo mismo que pensar, pensar
y pensar.

Frans Quis de Lion,
con su Dicētamus hesternū
die, nos dejó escrita la más
exacta lección moral sobre
el tiempo, pasado y presente,
al enseñarnos aquello del
refrán «no hay mal que
bien años dure». Este

"Decíamos ayer" lo recuerdo cada vez que retomo un cuadro para seguir pintando en él hasta terminarlo, claro está que, del un tiempo a otro tiempo, he vivido sensaciones de toda índole que, irremediablemente, acababan quedando en el lienzo.

¿Cómo se puede ser pintor sin una actitud crítica? - La escasa inocencia que aún me queda, me hace creer que el mundo aún pudiera ser de otra manera, más justo y razonable y menos mendaz y egoísta, aunque para su imperativo como necesario fin se necesita el aporte general de la sociedad. Por esto me entristece y exacerba la inculca rampolouria la

masa gregaria que no disfruta de más sentido crítico que el que abre la espita de sus viejos recuerdos y de sus odios. Esta grey gorda de complejos, capta de con agradecida complacencia las manipulaciones interesadas del poder.

Desde la soledad de mi estudio, siempre pensando en el ser humano y en las circunstancias que le afligen y debilitan, no soy capaz de desecher la repugnancia que me produce en la ramponería, con sentido impetuosa, mal gusto, insolidaridad, individualismo, inseguridad de toda índole y carencia elemental de educación y respeto.... ¿Quién da más? ¿Qué sociedad se encuentra

vacunada para digerir tamaña
chatacajería?..

La promesa de redem-
tora esperanza que nos trae
cada amanecer, cuando llega
el ocaso con el triste desfile
repetido, pienso e incluso mu-
chas veces hasta creo que
estamos condenados a vivir
una larga noche de indes-
criptibles pesadillas caminando
hacia una luz..

No hay día que no
sufra la conmoción que
me produce oír "las verdades
oficiales", siempre en las anti-
podas de las verdades reales.
Viendo lo que se ve y oyendo
lo que oímos, ¿dónde están
hoy la Justicia, la Sabiduría,
la Dignidad, la Ética,
la Moral, la Razón, el
Humanismo y la Verdad?

Decía San Agustín que "sin justicia ¿qué son los reinos sino una partida de bandoleros?" Si esto es así, ¿qué no seran las sociedades que no han conseguido alcanzar las otras excelentes virtudes que dan razón y señas de la plenitud del ser humano?... Dice la copla popular:

Los corazones a un tiempo
se han puesto en una balanza:
uno pidiendo Justicia
y otro pidiendo Verguenza."

A pesar de lo dicho, aún sigo creyendo en la utopía lo que da el índice de mi inocencia, por eso pinto a igual que un inepto, rien done de todo, de mi mismo el primero, pero pidiendo en cada cuadro mi querido con-

fidente para el que sepa
 morto, pues, aunque con
 mi cuarto y mitad de in-
 vención, aún no he podido
 olvidar el mal olor que des-
 prende la encopetada y
 presuntuosa alcubilla, el
 elegante tabasco de los arri-
 vistas, aduladores y gauapa-
 nes lisoujeros; tampoco
 los estridentes cantos de la
 holgazana cigarra, ni las
 vacuas vanidades y glorias
 que yacen, cada día más
 olvidadas bajo las losas de
 los camposantos. Por ar-
 chirrepetidos, me sé todos los
 cuentos, es por ello que na-
 die me puede hacer creer
 que los ignorantes, con sólo
 comer, pueden sentirse felices.

Voy quemando los días
 contemplando todo, sin mi-

ramientos ni complejos, necesario ejercicio para tratar de entender mejor al hombre, al orden admirable de la Naturaleza y a la trama que se mueve y esconde tras las bambalinas del quísculo monumental que ha hecho de nosotros. Así me he convenido de que en el esplendor del orden, donde todo es belleza, pocas veces habita el ser humano, quedando la armonía ubicada en las manifestaciones de los creadores y en la sinceridad de la Madre Naturaleza con sus cosas solemnes y sencillas.

Si prodigiosa es la puntual e implacable cronometría de las estaciones, ¿cómo no quedar subyugados por el orden del equilibrio cíclico y por el prodigioso

tratado de Geometría que encierra la más insignificante de las flores silvestres?..

Todo el progreso de la humanidad, es exclusivo mérito de unos pocos que pusieron trabajo, tiempo, reflexiones, dudas, paciencia y entrega apasionada, al servicio del Bien Común como única razón de ser de su existencia... y de este modo, unos trabajos, los hombres tenemos la preceptiva obligación de seguir construyendo sobre lo que otros dejaron... Sólo en esta actitud continuadora está el Progreso... «Yo creo - decía Michel Grébeau - que el verdadero progreso es una tradición que se prolonga».

Hoy, poco se habla de progreso y si, en cambio, dema

siado de progresismo por parte
de quienes se han hecho de
guadaña para engañarnos
entre el más desmucado de
los arribismos y el servilismo
de parte. Lo he dicho y lo
repeto: «no me contéis más cues-
tas, ni más fábulas con mani-
puladas moralejas», porque
mientras exista una persona
con hambre, sin casa y sin
cultura, mientras vivan haci-
nados millones de personas
entre nubes de moscas y alfo-
bras de inmundicias, ¿cómo
puede campar satisfecho el
progresismo de cauapi y moqueta?

¡Fue razón tenía Ma-
nolo Angeles Dotij aque-
lla tarde parisina en la
Galerie Trouant cuando
me decía: «Fadial, tú
es que pintas a puñetazos».

¿Acaso podría pintarse de
otra manera quien había
hecho de la rebeldía su
anti'doto contra el engaño
y la carcoma que ahora
dan a las sociedades?..

Inexorablemente han
pasado los tiempos aque-
llos del desgarrado "expres-
sionismo figurativo" y, hoy,
horro de trabas, desengaño
de creídas y, aún, cau-
tivo de la tristeza que
se produce la injusta
injuiciación de tantos seres,
sigo pintando lo que
se vive en guerra con la
impúdica sinceridad del
heterodoxo y el humor co-
mo condición de la expresión
irónica..

Con estos talentos, to-
mé a España por el talle

y, carretera, y manta, sigo
por el para mi hermano
campesino de Damasco, so-
deado de un cortejo sin-
gular vestido con los
ropajes de la ambición,
y del boato, de la vani-
dad y del poder, con lo
testimonial la denuncia
contra los que les oprimen
e ignoran...

La Pintura, como
cualquiera de las restantes
manifestaciones artísticas que
se puedan apreciar de pin-
turas, no tiene explicación
alguna, ya que el Arte
es lo que es, ni es lo que uno
quiera que sea, al carecer
de explicación y, si es que
alguna justificación se le
busca, no puede ser otra
que la que se desprende.

del diálogo entre la propia obra y el espectador que sea capaz de colocarse ante ella, limpio de prejuicios y dispuesto a escuchar en sus entresijos más ígneos.

Viene la Pintura - como les ocurre a la Arquitectura, Escultura y Música - la inefable grandeza de un lenguaje universal y prolífico capaz de comunicarse con cada individuo de un modo tan diverso como preciso.

Cuando me dispongo a pintar y estoy frente a la belleza impropia de un lienzo en blanco, con todo mi abecedario del color dispuesto en la paleta, por

mi mente comienzan a bullir;
contraponiéndose entre sí, in-
finidad de imágenes - persona-
jes, gestos, paisajes que algu-
nas vez contemplé, formas,
matrices de color y sensacio-
nes, cuando no el recuerdo
de muchos cuadros que ya
no tengo - en una apresu-
rada lucha por entrar en
la superficie de la tela...
Esta vertiginosa ruleta,
propia de un monumental
y disparatado calidoscopio,
no hay forma de detenerla...
... ¿Qué idea o imagen apa-
rará por superponerse a las
demás?... ¡Cuanta duda!,
¡cuanta indecisión...!... y
yo, como si fuera un niño
persecuendo mariposas, voy
de aquí para allá sin
decidirme a intervenir con
el pincel cargado de color

sobre la paciente flaqueza
de la tela...

En un instante impre-
ciso - sin saber todavía lo
que quiero pintar - man-
cho el lienzo con tantas
precauciones como dudas...
¿Pero qué voy a hacer?, ¿Co-
mo?, ¿por qué y para qué...?
y acabo por decirme: «ya
veremos», ya que a fin de
tanto interrogante, la volun-
tad más clara es la de
dejarse llevar por el estado
emocional del momento...

Pintar es una impe-
rativa necesidad de mi con-
ciencia que hace posible que
mi voluntad de expresión
se manifieste a través del
color y la forma pero, ¿para

decir qué?... ¡qué se yo!..

Recapacitando sobre el misterio, o incertidumbre que pueda ser la pintura, he llegado a creer que el Arte es como la vida, que es lo que siempre acaba por suceder aunque uno tenga otros planes..

También, como acontece en el Arte y en la vida, ocurre con la Ciencia en la que el investigador emprende un camino en busca de un algo concreto que desconoce para acabar tropesándose con un muro insalvable que no le conduce a ninguna parte.. Entonces toma otro derrotero y así, sucesivamente, hasta que acaba por descubrir algo después de incontables

preguntas que al final acaban
por responder a una finali-
dad / tan práctica como útil..

Cuando doy por termina-
do un cuadro es porque
entiendo que en él nada
más tengo que decir. - Esto
es lo que yo creo o quiero
creer porque, también puede
ser propiedad, que sea el propio
cuadro el que me reflexa,
revelándoseme. - Entonces paso
a contemplarlo y tratfudo
de establecer un diálogo que
pueda aclararme lo que
allí pasa..... y pienso en
sus juicios sin que apenas
pueda recordarlos, siendo-
me también difícil so-
saber en qué momento de
su ejecución cambié de
degrótero. -

Decía Blaise Pascal que « el trabajo ayuda siempre, puesto que trabajar no es realizar lo que uno imaginaba, sino descubrir lo que uno tiene dentro... Este pensamiento es el más preciso ejemplo para referir lo que me sucede mientras pinto... »

De cualquier modo, lo cierto es que cuando no pinto, ni sé lo que estoy pintando es cuando acabo por pintar lo que pinto... Razón tenía Calderón de la Barca cuando ponderaba el pensamiento, decía: « Quién vive sin pensar, no puede decir que vive », pero no es gratuito afirmar que el

~ 44 ~

acto de pensar es la primera y más definitiva facultad del hombre, mientras que el arte de expresar el pensamiento, es la primera y fundamental razón del Arte...

Cuantas mayores son las dudas que me asedian y corroen, más pienso; pero donde no tengo el más mínimo atisbo de duda, es en la apreciación al primer golpe de vista de la Belleza, pues esta se presenta siempre sobre el antañuaje de la Armonía...

El artista lo es, no por copiar la belleza sino por crearla con su arte. Pero la apreciación de la belleza es relativa, siendo esta relación tan cierta y absoluta como también lo son los

diversos estados anímicos del hombre..

Cierta tarde noche, en la madrileña Tertulia de «Berrio», conversaba con Manuel Alvar - a la sazón director de la Real Academia Española - sobre mi incertidumbre para saber en qué y cómo va a acabar siendo el cuadro sobre el que trabajo. Cada vez que firmo una obra - le dije -, es como si firmara un armisticio apresurado ante la beligerancia que ejerce sobre mí..

Con un elocuente gesto de asentimiento, apoyado en la bondadosa y tierna sonrisa que le tornaba, Manuel Alvar, respondió con su característico sosiego cada vez que hablaba:

— « Mira, Enrique: lo que me dices, sencilla y llanamente, es lo que define al creador, al que Dios le da el talento para que él solamente tenga que poner la perseverancia de su trabajo, su pasión y sus sentimientos. — Piensa y cree — prosiguió — que toda obra, ya sea pictórica, escultórica o musical, se da por finalizada cuando nos ha vencido, muy a nuestro pesar. — Acuérdate del sentimiento apesadumbrado y del desolado llanto de Gustavo Maubert cuando recitó la visita de sus amigos que andaban preocupados por el mucho tiempo trascurrido sin saber nada de él. —

— « ¿Por qué lloras? — ¿Es que estás enfermo? —, le preguntaron, al entrar en la habitación donde Maubert,

~ 44 ~

impávido, permanecía abatido,
con la cabeza entre sus manos,
sobre la mesa donde escribía
en la que todos los proyectos es-
taban revueltos y por el suelo..

— «¿Por qué Moras,
Gustavo?... Hemos venido a
verte pensando que podías
estar enfermo..»

... y Flaubert, volviéndose
con el rostro avergado de
la grima, contestó, sin poder
disimular su congoja, aque-
llo tan hermoso:

— «¡Es que se me ha
muerto Napoleón Bonaparte!»

Ya ves, en toda obra siem-
pre hay personajes que se a-
propiaron de la voluntad de
su creador... ¡Esto es arte!, ¡Es-
to es creatividad!»

Muchas han sido

«Las Madame Bobary» que se me han muerto en mis cuadros; muchas, muchísimas las obras que he firmado después de ser incapaz de modificar lo que en ellas iba sucediendo en contra de mi voluntad. Esto de la Pintura es la desolación de la quimera, a pesar de que lo bello sea el reflejo del bien, al ser el Jefe una afirmación de la existencia del Dios.

Lo he dicho muchas veces: «Pinto mucho para morirme pronto» y, cuando me llegue el momento de morirme pronto, también a mi pesar, tal vez sean las Madame Bobary de mis cuadros, los locos, los toreros, los Cristos, las máscaras borrachas, los campos, los frailes, frailetes, las brujas y beatas, los que me ven en ausencia.

Porque yo nunca pinté
para comer, que el poeta
para comer, ni come ni poeta,
ni podrá nunca sonar, como
yo, con que lo lloran todas
sus Madammes Bobary y
todas sus Mariasitas Pi-
nedas.-

J. Pineda.-